

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL



SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO V.

MADRID. 13 DE MARZO DE 1910.

NÚM. 115.



LA VIDA EXTRAORDINARIA DE UN GALLO HABLADOR

CONTINUACIÓN

Su pensamiento tenía fijo en la entristecida y hermosa hija del Rey, por la que sentía atracción irresistible. Disgustábale que le alojara en el lugar más adecuado para gallos y gallinas; habría preferido quedarse en un rincón de la cámara de Celinda y, si esto no era posible, por contravenir escandalosamente las leyes de la etiqueta, que

Ayuntamiento de Madrid

le hubiesen llevado con Gerineldo... ¡Lo que charlaría con él...! Pero allí, donde se veía metido entre tanto gallo imbécil y tanta estúpida gallina, ¿qué iba á hablar el pobrecito...?

VI

UN MAGO DE ORIENTE DESCUBRE QUE EL PRÍNCIPE AMANTE HA SIDO
CONVERTIDO EN GALLO

Muy de mañana aún, Gerineldo despertó sobresaltado al oír los recios golpes que daban á la puerta de su habitación.

—¡Adelante!—gritó el muchacho.

Abrióse la puerta, y un ujier ceremonioso dijo desde los umbrales:

—El rey os llama á su cámara y pide le llevéis el gallo.

Saludó reverentemente, y, girando sobre sus talones, desapareció.

Tal mensaje sumió al vagabundo en honda preocupación.

—¿Para qué me llamará el monarca tan temprano?—preguntábase.—¿Y para qué querrá que le lleve á *Cresta de oro*...? ¡Cualquiera sabe adónde se encontrará ahora ese mal amigo...! ¡Seguramente con la princesa...!

Vistióse apresuradamente, y encaminóse hacia la estancia de Filanto II.

—Te he mandado llamar—le dijo éste—porque quiero que me des á *Cresta de oro*. ¿Le traes contigo...?

—Señor, vuestra hija la princesa es su dueña por la voluntad de mi amigo, al que no he vuelto á ver desde ayer mañana.

—No está en poder de mi hija, y es preciso que le busques, y me digas cuánto quieres por él

—Por nada de este mundo, como dije ayer á la princesa, he de venderle.

—¿Insistes en tus propósitos...?

—Insisto, señor, porque aunque se trata de un gallo, le quiero con toda mi alma.

—Pues á pesar de tu afecto—insistió Filanto II—es indispensable que me entregues á *Cresta de oro*, porque de él depende la curación de mi hija, y para conseguirla comprenderás que no he de retroceder por nada ni por nadie.

—Y yo, señor, buscaré á *Cresta de oro* y os lo entregaré; pero rogándoos que me permitáis verle todos los días.

—Lo único que no puedo concederte es precisamente lo que solicitas—advirtió contrariado el monarca.

Aquel famoso sabio de Oriente que llegó á Palacio el mismo día que Gerineldo, había visitado á la princesa en su cámara, al terminar el banquete, por ser tales horas de la noche las más propicias para ejercer su misteriosa ciencia.

Después que hubo examinado prolijamente á la melancólica Celinda

y realizado prácticas como las de los nigromantes, quedóse el mago absorto en honda y larga meditación, á la que puso término murmurando unas palabras ininteligibles, que podrían ser las de un poderoso conjuro.

De uno de los bolsillos de su túnica de damasco amarillento sacó un espejito de plata, y acercándose á la augusta enferma, dijo:

—Señora: al entrar en vuestro reino oí el rumor popular que señala la causa de la misteriosa desaparición de vuestro prometido el príncipe Amante. El pueblo no se ha equivocado en sus presunciones, como acabo de comprobar. El príncipe, efectivamente, ha sido encantado por una bruja, madre de una titiritera, que quiso vengarse de vuestro amado por creer que intentaba burlarse de su hija. ¿Cuál ha sido el encantamiento...? Para saberlo, os suplico, princesa, que alentéis reciamente sobre este espejillo.

Realizó Celinda lo que le suplicaba el adivino, y con gran sorpresa de todos los circunstantes, el vaho de la princesa dibujó sobre el plateado espejo un gallo en un todo parecido á *Cresta de oro*.

—Ya veis cuál ha sido la transformación sufrida por el príncipe Amante. Para desencantarle es preciso buscar el gallo que aquí aparece, empresa hartó difícil, por no decir imposible, puesto que ignoramos en qué sitio se encuentra la bruja que realizó la extraña metamorfosis del malaventurado príncipe.

Al oír esto, Celinda y el chambelán advirtieron al adivino que un gallo, semejante al del espejo, había llegado á Palacio conducido por un muchacho vagabundo.

Dió orden al rey de que sacasen del gallinero á *Cresta de oro*.

Disponíase Gerineldo á salir de la regia cámara y buscar al fugitivo gallo, cuando, previo permiso del monarca, penetró en la estancia el adivino: era un viejecito huesudo, de luengas barbas y ojos escrutadores de viveza incomparable.

Saludó con una grave cortesía, y dijo:

—Señor, la princesa, vuestra hija, se halla sin consuelo por la extraña desaparición de *Cresta de oro*. Es preciso que deis orden de registrar Palacio, y si en éste no se encontrase, la ciudad y el reino entero. Sin el sacrificio de *Cresta de oro*, ni el príncipe quedará desencantado ni vuestra hija curada.

—¡Sacrificar á *Cresta de oro*!—exclamó aterrado Gerineldo.—¡No! ¡Nunca! ¡No lo consentiréis, señor; no podéis hacerlo!—protestó sollozante, tendiendo las manos suplicadoras hacia el monarca.

—¿Quién es este rapaz?—preguntó sorprendido el mago.

—El dueño de *Cresta de oro*—contestó el rey. Y dirigiéndose iracundo al suplicante, replicó:—¿Y por qué no puedo sacrificar yo ese miserable gallo...?

—Por gratitud, señor, porque ese miserable gallo acaba de impedir que seáis destronado.

—¿Qué dice esta criatura?—se preguntó el viejo asombrado.

—¿Qué hablas...?—interrogó el rey disimulando la sorpresa que le producía la rotunda afirmación del vagabundo.

Gerineldo contó emocionado el papel que representara *Cresta de oro* en el descubrimiento de la conjura.

—¡Hermosa es la fábula, mocito!—exclamó el rey irónicamente al escuchar tal historia;—y es envidiable tu fantasía. ¡Un gallo que habla y sorprende una conspiración... es maravilloso, pero increíble! Ayer fuiste tú el héroe, y hoy lo es tu famoso gallo. Lo que te sobra de imaginación te falta de memoria para disfrazar tus embustes.

—Me atribuí el papel de descubridor porque así lo quiso *Cresta de oro*—observó Gerineldo.

—Señor—intervino el mago,—creed á este muchacho. No, no es el gallo quien habla y discurre como los racionales, sino el espíritu del príncipe Amante, que en él se ha refugiado,

—Entonces...—advirtió confuso el monarca—la gratitud me prohíbe sacrificar á mi salvador. Aunque vivo entre ingratos no me he contaminado con tan repugnante cualidad. Vos que tanta ciencia atesoráis, buscad un medio para que todas nuestras esperanzas se realicen sin sacrificar á *Cresta de oro*.

—Inútil es que en este caso os dejéis guiar de la bondad de vuestro corazón—observó grave y solemnemente el mago.—Nada se conseguirá sin el sacrificio de ese gallo que lleva en sí el espíritu del prometido de vuestra hija; poco importa que desaparezca un gallo, si en cambio volvéis á su ser natural á un hombre; vuestra conciencia y la de este mozo se aquietarán con tan beneficioso trueque.

—Decís verdad—murmuró convencido el monarca.

—¡No será sacrificado *Cresta de oro*!—pensó para sí con resolución inquebrantable Gerineldo.—Si el rey es ingrato, yo no lo soy. Antes daré mi vida que consentir que sacrifiquen á mi amigo.

Pretextando ir en busca del gallo, salió de la cámara desolado, y, apresuradamente, dirigióse á su habitación; ansiaba verse solo para dar rienda suelta á las lágrimas que nublaban sus ojos.

VII

LA GRATITUD DE GERINELDO

—No llores, Gerineldo, no llores—oyó que le decía una voz amiga, la de *Cresta de oro*, asomado á los pies de la cama.

—¿Tú aquí?—exclamó trémulo de gozosa sorpresa, dirigiéndose hacia su amigo, al que cogió en brazos besándole efusivamente.—¿Sabes lo que ocurre?—le preguntó con ansiedad.

—Lo sé, porque, anoche, aburrido de verme en el gallinero, me fuí á las habitaciones de la hija del rey, y sin que nadie advirtiese mi presencia, asistí á la entrevista que tuvo el adivino con Celinda.

—¿Entonces no ignoras el riesgo que corres...?

—Precisamente por eso he venido á buscarte.

Concluirá.



LA SENCILLEZ DE LO MARAVILLOSO

VIII

A ún no habéis intentado una cosa, niños—dijeron un día las hadas á sus dos pequeños huéspedes.

—¿Qué es lo que no hemos intentado?—interrogó Urso.

—No habéis intentado trabajar...

—¡Huy, qué fastidioso es eso!—exclamó Pipá.

—¡Hola, hola! ¿Con que es perezosilla y holgazana la rubia Pipá?—exclamó una de las hadas.

—Holgazana... no... digo, sí... digo, no... vamos, no sé; á mi no me divierte trabajar; mi mamá me regaña mucho por eso.

—¿Te regaña fuerte?—preguntó el hada.

—¡Ya lo creo!—contestó la niña.—¡Muy fuerte! Dice que seré muy desgraciada en el mundo por ser perezosa. ¡Anda! ¡Hasta me castiga y todo! Unos días me deja sin postre...

—¡Pero yo te doy el mío!—exclamó Urso.

—¡Claro que me das del tuyo! ¡Como yo á ti cuando tu papá te castiga!

—De manera que de ese modo, el castigo de los padres resulta inútil—dijo el hada.

—¡Naturalmente!—contestó Urso.

—Otras veces—continuó Pipá—no me deja mamá que vaya á jugar con Urso...

—¿Y eso no te hace tener el anhelo de trabajar?

—¡Quia! Primero, porque aunque no me deje... pues...

—¡Acaba!

—Pues... que salto la tapia del corral y me escapo...

—¡Muy bien!—dijo el hada blanca frunciendo un poco el ceño.

—No hay que enfadarse—dijo Urso, tomando aires de protector para con la niña.—Pipá no es mala, no hay que juzgarla mal por todas esas cosas que está contando. Ella sabe que yo la espero siempre para ir á coger frutas, plantas y raíces, y, ¡claro...! no quiere hacerme esperar. ¿Que su mamá la castiga sin salir, porque no la ayuda á las faenas de la casa...? Pues ella quiere contármelo... y ayudarme á coger plantas... ¡También eso es trabajar...! Y como no la dejan salir por la puerta, ¡tiene que saltar por la tapia...! ¡Eso es la cosa más natural del mundo! ¡Como no tiene alas como las hadas!

—¿Y por qué no te gusta trabajar, Pipá?

—¡Ay, porque me aburre mucho!—contestó la nena.

—¡Pues aquí, todos los niños trabajan con gusto!

—Me parece que eso no es verdad...

—¿Cómo?

—Vamos, no se enfade... es que me cuesta trabajo creerlo...

—¿A pesar de tantas cosas maravillosas como has visto, no pasas á creer eso?—preguntó el hada.

—¡Es que todo lo que he visto aquí resulta muy natural después de visto! ¡Pero lo que es eso de que á mí me guste trabajar...!

—Me parece que tu compañero Urso es más activo.

—¡Para eso es hombre!

—Te equivocas, nenita—dijo el hada.—La ley del trabajo ha sido impuesta por el Sumo Hacedor lo mismo al hombre que á la mujer, y de nada sirve que el hombre se afane á trabajar si al volver al hogar no halla una compañera que se identifique con sus preocupaciones.

—Huy, qué fastidioso es todo eso!—replicó Pipá haciendo un gracioso molhín de desagrado.

—Ya verás cómo no. Desde mañana, vamos á inaugurar un nuevo plan—dijo el hada.

—A mí me parece que aquí debe ser muy agradable trabajar—indicó Urso.

—¡Ay!—suspiró la niña.—¡Ni aquí ni en ninguna parte!

—Mira, Pipá—dijo el hada con una dulce sonrisa.—Sube á la sala de las nubes, antes de retirarte á descansar; te daremos órdenes para el nuevo plan de vida. ¡Es necesario trabajar con agrado!

Los ojos de Urso se ensombrecieron; los de Pipá dejaron escapar gruesas y silenciosas lágrimas.

M.^a ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



UN PASEO POR LA HISTORIA DE ESPAÑA

XI

Estamos en deuda con Eurico. Ya te acordarás que el domingo pasado tuvimos que abandonarle...

—Sí, sí... Eurico sucedió á su hermano Teodorico, á quien asesinó.

—Eso dicen las crónicas. Y también aseguran que durante su reinado llegó el poder de los godos á su apogeo. Eurico conquistó por fin toda España, excepto la pequeña parte dominada por los suevos, á los que respetó como aliados. En esto de las alianzas era Eurico una especialidad, y ellas le sirvieron de ayuda en sus conquistas. Otro borrón tiene en su historia, á más del fratricidio: la persecución de que hizo víctimas á los católicos, y en particular á los obispos. En cambio, se le conoce como buen legislador. ¿Sabes cuánto tiempo reinó?

—No, papá...

—Cuarenta y nueve años.

—Mira, papá... ¡Aquí está precisamente su hermano, el asesinado...!

—Es cierto... Esta es la imagen petrea de Teodorico... Si las piedras sintieran, sería una brota demasiado fuerte colocarle aquí, junto al que le quitó de en medio, para que le inspirara los naturales remordimientos. Bien que en Teodorico se cumplió el refrán aquel "quien á hierro mata á hierro muere".

—¿Sí...?

—Sí, sí... Porque también Teodorico asesinó á su hermano Turismundo para ocupar el trono.

—¡Vaya una familia!

—Hay quien dice que no le asesinó él, sino que le mandó matar. Pero es lo mismo... Teodorico se pasó la vida guerreando con todo el mundo, para engrandecer su reino. En esto no se le puede criticar. ¡Y no sé más de él!



TEODORICO

JUANITO EL CALAVERA O M



1. Juanito era tan enamorado y travieso, que le bastaba ver una muchacha para perder los estribos.



2. Y sin que él mismo pudiera explicarse el por qué, es lo cierto que tras ella se le iban los pies.



5. Rondando la casa, para que no le viese el padre, pues era tan cobarde que se asustaba de su sombra.



6. Cierta día cogió el papá una carta en que Juanito daba una cita a la niña y se puso hecho un tigre.



9. Y empezó a hablar por disculparse, pero en su aturdimiento sólo consiguió hablar por boca de ganso.



10. Por cuya razón tuvo que sufrir las desagradables consecuencias y pagar el pato.

MODISMOS DEL LENGUAJE



3. Un día vió en la calle á la bellísima Consuelito Perencejo, que con su gracia le hizo perder la cabeza.



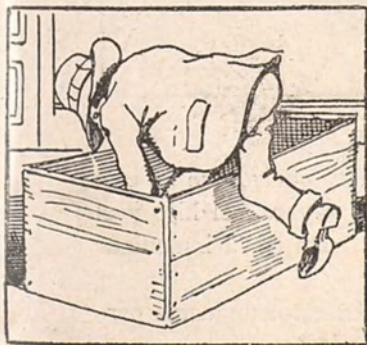
4. Al cabo de algún tiempo cayó rendido á los pies de su adorada y le entregó su traspasado y ardiente corazón



7. Y decidido á no tolerar semejantes amorsos, se fué en busca del atrevido doncel echando chispas.



8. Al verle venir Juanito en actitud tan agresiva y terrible, lanzó un grito y se quedó pegado á la pared.



11. Arrepentido de sus ligerezas y para ser en adelante hombre formal, determinó entrar en caja.



12. Pero pronto abandonó tan buenos propósitos y acabó por ponerse el mundo por montera.



EL FUTURO KAISER

○ los futuros, para hablar con mayor propiedad, puesto que en este retrato del kronprinz está también su hijo mayor... El hijo y el nieto del actual emperador. Es decir, la línea directa de la inmediata sucesión del Imperio alemán.

Esta fotografía es, sin duda, la más reciente de estos augustos personajes. Está hecha el 15 de Febrero del año corriente.

Guillermito, el nieto, tiene cerca de cuatro años.

Ayuntamiento de Madrid



LA CIGARRA Y LA HORMIGA

ENTREMES INFANTIL

La Hormiga. Aldeana, traje negro muy sencillo. La Cigarra. Cantante, traje verde muy claro.
El teatro representa la casa de la Hormiga.

ESCENA PRIMERA

LA HORMIGA. (*Dirigiéndose á la ventana.*)

¡Digo! ¡Vaya un tiempesito!
¡Con qué furia el viento agita
las desnudas ramas! ¡Hielo
penetra por las rendijas!
Va á nevar seguramente,
porque esas nubes plumizas
son de nieve. ¿No lo dije?
¡Ya está la nevada encima!
La verdad es que da gusto
ver nevar, cuando se mira
como caen los blancos copos
en su casita metida.
Pobre gente, la que tenga
que caminar este día
sufriendo el viento y la nieve
por la desierta campiña!
¡Qué gusto estar aquí dentro
bien abrigada y tranquila
y sin carecer de nada
en casa tan bien provista!
A mí el invierno me encanta
y el verano me fastidia.
¡Claro! Como que en verano
trabajo todos los días
y ahora descanso y disfruto.

Ya es hora de que una viva
á su gusto y se aproveche
de sus pasadas fatigas.
Repleta tengo la cámara
de grano, y está maciza
mi despensa. Provisiones
me sobran, y aun cuando siga
nevando hasta el mes de Mayo
no ha de faltarme comida.
¡Nada! Digan lo que quieran.
es un encanto ser rica.
(*Llaman á la puerta.*)
Parecía que llamaban...
Pero no. ¿Qué alma nacida
se aventura en este tiempo
á salir á hacer visitas?
(*Vuelven á llamar.*)
¡Ay, sí! ¡Llaman á la puerta.
¿Quién será? No estoy tranquila.
¡Será un ladrón! ¡Cómo aprie-
[tan!
(*Llaman con más fuerza.*)
Voy á ver por la mirilla,
y como yo no conozca
á quien llama... así...

ESCENA II

C. (*Desde fuera.*) ¡Hormiguita...!
H. ¡Esa voz...! No tengo duda;

- esa voz me es conocida.
- C. Hormiguita.
- H. Ya lo creo.
Si es la cigarra. ¿Qué tripa se la habrá roto? ¿Quién llama?
- C. Soy la cigarra.
- H. La misma que viste y calza. Me escamo. ¿A qué vendrá esta visita?
(Abre la puerta y se retira corriendo.)
Pasa, pasa pronto y cierra no nos dé una pulmonía.
- C. (Entra y cierra.)
¡Gracias, hormiguita, gracias!
Y perdona que de prisa llamara.
- H. ¡Bah!
- C. ¡Estaba muerta de frío! Ya no podía más...
- H. Claro. ¿A quién se le ocurre, en un día de ventisca como éste, cruzar los campos? ¡Digo! ¡Y con esa ropita ligera! ¿Estás en tu juicio? ¡Vaya unos caprichos, hija...!
- C. No son caprichos, son penas las que á caminar me obligan.
- H. ¿Tú penas? Si fuiste siempre el colmo de la alegría.
- C. Lo fuí, dices bien.
- H. ¿Y ahora...?
- C. Ahora sólo desdichas puedo contarte.
- H. (Aparte.) Me escamo; me veo un sablazo encima.
- C. Feliz tú que aquí en tu casa te puedes dar la gran vida sin sufrir vientos y nieves.
- H. No me los nombres. Se crispan mis nervios ante la idea de pisar la nieve.
- C. Mira lo que son las cosas. Antes lo mismo que tú decías.
¿Salir yo con nieve? Nunca.
¡No podría resistirla!
¡Y ya ves con qué nevada anduve leguas...! Obligan mucho las necesidades.
- H. Pues, hija, yo no saldría hoy por nada de este mundo.
- C. Porque no lo necesitas, porque de nada careces.
- H. No exageres tanto, chica.
- C. No exagero. Todo el mundo

- sabe muy bien que eres rica y que en toda la comarca no hay casa mejor surtida. Por eso, porque he pensado que á ti no te causaría gran quebranto socorrerme, vine.
- H. (Aparte.) Comienza la esgrima.
- C. ¿Hice mal?
- H. Ya me extrañaba tu visita intempestiva, que era, en los tiempos que co-
[rren,
demasiada cortesía.
Conque vienes á pedirme...
C. Sólo un poquito de harina para no morirme de hambre, y no regalada, hormiga, que en cuanto llegue el buen [tiempo te la pasaré en seguida.
- H. Como siempre he sido franca, permíteme que te diga que tu sistema resulta lo que se llama una viña. Mientras los demás trabajan estarse muy divertida; dejar que el tiempo se pase entregada á la alegría, y, cuando llega la mala, es decir, cuando está encima el tiempo en que ya no es grato estarse por la campiña, y es sumamente difícil encontrarse la comida, colarse bonitamente en la casa de una amiga para decirla muy fresca: "Tú, que fuiste precavida y fuiste trabajadora, y á costa de mil fatigas reuniste provisiones, dame para que yo viva porque yo no he trabajado y tú sí, lo cual indica que tú siempre serás tonta y yo siempre he sido lista."
C. ¡Ay, hormiguita, perdona mi inoportuna venida! Yo ignoraba que iba á darte un disgusto mi visita. Pues si yo hubiera sabido que así me recibirías, te juro que no llamara á tus puertas en mi vida.

Continuará.



RELATOS DE CAZA

EN EL VADO

Qué! ¿Ves á los chicos...?—preguntó la tía Antonia á su marido, asomándose á la puerta de la casa

El señor Juan, que sentado en un banco fumaba filosóficamente al sol, se puso la mano sobre los ojos, y mirando al monte, exclamó:

—Un bulto parece bajar por aquella loma; pero el carrejo no se ve por ninguna parte.

Cuando el bulto se aproximó, los dos viejos lanzaron un grito de asombro, pues no era sino el burro, que enganchado al ruin vehículo había ido con sus hijos. Un mismo pensamiento se les ocurrió y la idea de una posible desgracia hizo asomar las lágrimas á sus ojos. Tras unos momentos de vacilación, el señor Juan se montó en el burro y se dirigió hacia el sitio donde dijeron sus hijos que iban á estar cazando.

Por el camino fué pensando cómo se los había de encontrar. Viólos ya víctimas de una manada de lobos ó de unos colmilludos jabalíes. Después se los imaginó tumbados al pie de una ingente roca por la mano alevosa de algún enemigo oculto y traidor y luego contemplólos caídos en las entrañas de un insondable abismo. Sin hacer estas cavilaciones, comenzó á subir el monte. Exhalaban tomillos y romeros sus perfumes más gratos que los de incensarios y pebeteros; nubes de pa-

jarillos cruzaban el aire tibio y manso cantando la alegría de su vivir libre y sin cuidados; las negruzcas rocas, de algunas de las cuales pendían tenues hilillos de agua, requemábase al sol, y los jarales y chaparros emergían entre ellas, mostrando su verdinegro ramaje.

Cuando el señor Juan se disponía á llorar como un chiquillo, salió á un verde prado por cuyo centro corría un riachuelo manso y murmurador.

—¡El vado!—masculló el buen viejo; y apenas encaminó hacia él sus miradas, cuando vió en el centro el carrejo hundido hasta el eje y oyó que de él salían á un tiempo las voces de sus dos hijos demandando auxilio. Sin perder momento, espoleó al burro y le obligó á pasar al agua. Llevóse el vehículo y, no parándose en interrogaciones, enganchó al pacífico animal. Cuando ya estuvieron sanos y salvos en la orilla, les preguntó:

—¿Habéis cazado mucho?

—En el vado nos hemos pasado el día—co testó el mayor.—Aparejamos mal el burro y, al llegar adonde usted nos encontró, se escapó de las varas y se marchó, dejándonos sin poder avanzar ni retroceder...

JOSE A. LUENGO.





ESPAÑOLES ILUSTRES

ANTONIO MARTINEZ DE CALA

El célebre humanista español, conocido vulgarmente por Antonio de Nebrija, por ser natural de este pueblo de la provincia de Sevilla, nació en 1444. Sus padres, aunque no eran grandes señores, gozaban de una posición bastante desahogada para dar carrera al que

Ayuntamiento de Madrid

desde muy pequeño demostraba excelente entendimiento y gran amor al estudio, por lo cual le mandaron á Salamanca á cursar las humanidades y las ciencias que con tanta fama se explicaban en la inmortal Universidad. Deseoso de no perder el tiempo, pasaba el día, sin perder hora, adquiriendo el caudal de saber que le dió nota, no dejándose seducir por los compañeros que le invitaban á pasar alguna en fiestas, tertulias y sitios de juego.

Al cabo de cinco años, creyéndose apto para ampliar lo que había aprendido, pidió á sus padres que le mandasen á Italia, para emprender nuevos caminos en la Universidad famosa de Bolonia, á lo que accedieron, porque sabían que Nebrija cumplía lo que solicitaba. El ilustre joven, á poco de llegar, llamó la atención del claustro, que pronto gozó no sólo de la más exquisita solicitud de sus superiores y maestros, sino que alcanzó una reputación de gramático consumado y la de ser uno de los pocos hombres versados en lenguas, bellas artes, matemáticas, jurisprudencia, medicina y teología de su época.

Con tal aureola volvió á España, obteniendo en seguida una cátedra en Salamanca, la cual explicó por espacio de veinte años, siendo sus discípulos los más renombrados y gloriosos españoles que por entonces había, hasta que, incomodado por las pocas consideraciones que le guardaban los rectores, se trasladó á Alcalá, donde el cardenal Cisneros le dió sitio entre el profesorado de la complutense. Mucho había protegido á Nebrija el arzobispo de Sevilla, D. Alfonso Fonseca, y sobrepujó en esto el cardenal Cisneros. Este, que comenzaba entonces á preparar la publicación de la *Biblia Polígota*, utilizó toda la sabiduría de Antonio, no sólo en la corrección de la obra sino en su composición y examen, pero Nebrija soñaba con volver á Salamanca, y así que supo la muerte del maestro Ticio, su émulo y rival, rogó que el claustro le recibiera para ocupar la vacante. Entonces, como ahora, las pasiones hacían olvidar á unos hombres el mérito de otros, y por esto no se le otorgó lo que pedía.

El cardenal Cisneros, al saberlo, quiso remediar el daño injustificado que se le hacía, pidiendo á los Reyes Católicos para Antonio una de las plazas de cronista de los Reyes, cargo que se le concedió y que él cumplió tan bien, que todavía se aprecia la obra que publicó sobre el reinado de aquéllos.

Muchas obras se deben á su pluma, que bien podrían clasificarse de filológicas, poéticas, históricas, jurídicas, médicas, teológicas y matemáticas; pero las que hicieron más universal su fama son *Introducciones latinas* y la *Gramática sobre la lengua castellana*. Por ésta es considerado como padre y fundador del estudio de la lengua española, porque no sólo echó los cimientos de la gramática de nuestra lengua, sino también de la gramática moderna. Su alto y enciclopédico ingenio ha añadido un laurel más á los que ciñen las sienes de la España culta. Honrado por Europa entera y admirado por las Universidades de su siglo, murió en 1522.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.